

armonía. Algo parecido podría atisbarse en España, con los correspondientes desfases temporales, donde el reciente decreto de enseñanzas mínimas, que desgraciadamente no entra en el lapso abarcado por el trabajo de A. Luis, vendría a dar carta de naturaleza a este retroculturalismo (un análisis en profundidad de este asunto puede verse en el extenso y documentado editorial del nº 5 de la revista *Con-Ciencia Social*).

El estudio del caso inglés sirve a su autor para trazar una generalización acerca de las tendencias más extendidas en la didáctica de la historia. Aunque en el libro, no siempre se determina nítidamente de qué se está hablando (si de la investigación, de las leyes reguladoras de la enseñanza o de la práctica escolar) cuando se utiliza la expresión «enseñanza de la historia», lo cierto es que las conclusiones a las que se llega vienen a reforzar la idea de una invasiva regresión pedagógica a partir de los años ochenta, una vuelta al conocimiento oficial y tradicional, que ha supuesto el progresivo desmantelamiento de las reformas curriculares. Esto vale también para España, país que es visto por A. Luis a través de la imagen proyectada por el espejo de la investigación británica en didáctica de la historia, cuyos logros ocupan ciertamente un lugar preeminente en el panorama mundial.

Precisamente el mérito principal del libro estriba en dar a conocer este campo de investigación mediante una lectura inteligente de las fuentes (aunque ya dije que un tanto reiterativa), difundiendo de esta suerte un saber que, en la mayoría de los casos, se ha utilizado en España muy de segunda mano y de prestado. Ello convierte a la obra en texto de consumo obligado dentro de los espacios académicos donde se institucionaliza la didáctica de las ciencias sociales. Si la forma adoptada hubiera sido la de guía de lecturas el resultado, en fondo y forma, seguramente hubiera resultado completamente irreprochable. Y seguramente algunas deficiencias podrían amortiguarse si concebimos este estudio más como un punto de partida que como punto de llegada.

El texto también posee la utilidad (en bastante menor cuantía, sin embargo) de ayudar a comprender las relaciones entre historia y didáctica, pues efectivamente la evolución de la enseñanza de la historia y la investigación a ella asociada demuestra algunas de las claves más persistentes con las que deben enfrentarse quienes abogan por cambiar los usos imperantes de la educación histórica. De este modo, la sociogénesis de las disciplinas escolares comparece como condición insoslayable a la hora de concebir una didáctica crítica.

Frente a las miradas complacientes de otros autores, A. Luis revisa críticamente el campo de la investigación didáctica y defiende, frente al formalismo y al culturalismo, el conocimiento histórico como instrumento de «creación de ciudadanía», y subraya su posición a favor de una enseñanza de lo que es pertinente para poder entender el mundo en el que viven los estudiantes. Para ello propone «combinar las exigencias que puedan derivarse del discurso psicológico con aquellas otras, más relevantes, procedentes del sociológico y del propiamente epistemológico» (p. 158). Tarea, por cierto, nada fácil en el actual panorama contrarreformista hispano.

RAIMUNDO CUESTA

MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito y VALBUENA MORÁN, Celia: *La Universidad Internacional de Verano de Santander (1932-1936)*, Santander, UIMP, 1999, 269 pp.

Una más de las expresiones de ese nuevo proyecto universitario, de esa universidad deseada por intelectuales próximos a la ILE, al sector liberal progresista, los republicanos y socialistas, puede encontrarse en la gestación, nacimiento y primer desarrollo de la Universidad Internacional de Verano de Santander. El actual rector de la institución, José Luis García Delgado, ha emprendido el estudio histórico de esta particular Universidad, desde el origen hasta el presente, y ha encargado a Benito

Madariaga y Celia Valbuena la redacción del estudio de la etapa fundacional. También siguen adelante los estudios sobre sus fases sucesivas, si bien desconocemos si han aparecido publicadas ya.

Es bien sabido que la ciudad de Santander había sido elegida, primero por Isabel II y más tarde por Alfonso XIII y sus respectivas cortes, como lugar de residencia durante los meses calurosos del verano. Ése fue el motivo que adujeron las autoridades locales de la ciudad costera del norte para regalar al rey el Palacio de la Magdalena, construido ex profeso para este objeto con fondos populares y públicos, y finalizado en 1912, aunque las gestiones y la suscripción popular se iniciaran varios años antes. Desde ese momento, y hasta el verano de 1930 incluido, el Palacio de la Magdalena de Santander es sede real y punto de atracción social y política para periodistas y políticos, para la vida pública española. De esta manera la vida de una capital de provincias como Santander recibe un fuerte revulsivo social y económico durante varios meses al año.

Desde esta perspectiva, y por el atractivo indudable que Santander tiene para el verano, así como por las condiciones culturales propias de la ciudad (Biblioteca Menéndez Pelayo, Fundación Marqués de Valdecilla, importancia del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, vida activa de círculos culturales y tertulias, iniciativas de los dos ateneos existentes, uno de ellos obrero), se entiende el interés que algunas instituciones culturales muestran por organizar actividades formativas permanentes durante los meses de verano. Éste es el caso de la Universidad de Valladolid, que en 1928 crea un Colegio Mayor Universitario en Santander. Es el ejemplo de la Sociedad Menéndez Pelayo de Santander que desde 1924 a 1933 organiza cursos de verano para extranjeros. Es también la iniciativa de la Universidad de Liverpool que desde 1921 viene enviando jóvenes universitarios a Santander para que aprendan durante el verano lengua y cultura españolas.

Así, pues, antes del nacimiento de la Universidad Internacional de Verano de Santander en 1932, existía en la ciudad un

clima muy sólido de aceptación de la iniciativa que luego va a madurar. La proclamación de la Segunda República en abril de 1931 va a favorecer la confluencia de dos intereses públicos complementarios: el de la sociedad santanderina, que pone a disposición de la naciente Universidad Internacional de Verano el Palacio de la Magdalena, una vez que el rey ha reintegrado el mismo a la sociedad que se lo había donado; y un segundo, que resulta de mayor interés para el modelo general universitario de España: la creación de un tipo de institución de educación superior, de universidad, diferente, original y complementario de las ya existentes, la Universidad Internacional de Verano.

El artífice del proyecto en términos políticos y técnicos fue don Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien decide en 1932 que se ponga en funcionamiento en Santander esta Universidad Internacional de Verano. El decreto de creación, en su base segunda, expone con claridad los objetivos del centro que se crea: intercambio de profesores y estudiantes, presentación de innovaciones científicas, servir de punto de confluencia para los mejores estudiantes de España, contacto con relevantes profesores extranjeros, actualización pedagógica y científica de profesores, difusión de nuevos métodos de enseñanza e investigación para profesores no universitarios, cursos para estudiantes extranjeros. Todo ello es posible de manera inmediata porque se cuenta con cierta experiencia organizativa previa y apoyos en la ciudad, con condiciones muy favorables, y con el inmueble del Palacio de la Magdalena.

El proyecto no podía ser obra de una sola persona, por muy culta, inteligente y decidida que fuese, por mucha influencia que ejerciera en el Gobierno, aunque tales factores confluyan en don Fernando de los Ríos. En realidad responde a planteamientos ya contemplados en la JAE, y en buena medida al ideario general de actuación de la ILE. Por ello no es de extrañar que los grandes artífices de la Universidad Internacional de Verano de Santander, en estos primeros años de funcionamiento,

sean profesores estrechamente vinculados al sector institucionista. Los miembros del Patronato fundador son excelente reflejo de esta apreciación.

La Universidad Internacional de Verano funciona con normalidad y éxito durante los meses de verano de 1933, 1934, 1935, incluso de 1936, aunque viera disminuida la aportación del Gobierno en 1934 y 1935, y aunque el último año aumenten las dificultades, bien explicables por las condiciones del país, y el no poder llegar a Santander algunos de los profesores invitados.

Rectores de esta particular Universidad fueron en estos años pioneros los prestigiosos profesores don Ramón Menéndez Pidal y don Blas Cabrera Infante, y el secretario don Pedro Salinas, personalidad clave del buen funcionamiento, por su dedicación e inteligencia para la organización de los cursos y actividades formativas. Pero no sólo ellos, pues en estos escasos años fue pasando por Santander, en el verano, lo más cuajado de la intelectualidad española (Unamuno, Ortega y Gasset, Claudio Sánchez Albornoz, Enrique Moles, Américo Castro, G. Marañón, García Lorca, entre otros), y un abultado número de cualificados profesores extranjeros, varios de ellos premios Nobel.

Junto a las actividades regladas y sistemáticas, los cursos y seminarios, los estudiantes seleccionados y los profesores invitados, aprovechaban para descansar, tomar los ya entonces cotizados baños de mar, pero también para cultivarse y participar en festivales artísticos y musicales de altura, en actuaciones teatrales, así como conocer y disfrutar de los recursos paisajísticos, artísticos, folklóricos y culturales de la región cántabra. La imagen que fueron trasladando a las universidades de origen estudiantes y profesores fue siempre muy favorable respecto a esta Universidad de Verano, este nuevo proyecto que se diferenciaba de otras universidades tradicionales, y enriquecía la ciencia, el pensamiento, las bellas artes, la cultura de España y sus centros de educación superior.

La guerra interrumpió el proyecto, y años más tarde será reasumido por el nuevo régimen, pero para concebirlo y

desarrollarlo con otros objetivos y categorías, incluso también con la nueva denominación de Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Además, cambia su ubicación exclusiva de Santander, pues traslada muchas de sus actuaciones a otras sedes ya reconocidas.

Todo esto es lo que se narra, en sentido literal, y con pretendida asepsia, en el trabajo que comentamos. Cabría, desde luego, algún espacio mayor a la interpretación. Pero todo ello se compensa, tal vez, con una excelente edición, con preciosas y poco conocidas fotografías de prestigiosos participantes, con un elenco de apéndices de gran interés documental. Esperemos que las sucesivas etapas del estudio de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo alcancen el rigor y el nivel de lo logrado en esta primera etapa de investigación.

JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DÍAZ

MARQUÈS SUREDA, S.: *Martí Rouret. Maestro, republicano y catalán*, Girona, Ajuntament de l'Escala, Colegio de Jalisco, 2001 (editado en castellano y catalán).

Jalisco y Cataluña han estrechado sus vínculos a través de dos instituciones, l'Ajuntament de l'Escala y El Colegio de Jalisco, para editar este estudio biográfico, profesional, político e ideológico del maestro ampurdanés Martí Rouret Callol (l'Escala, 1902 - México D.F., 1968), que espléndidamente ha realizado el profesor Salomó Marquès, nacido, como el mismo Rouret, en el pueblo marinero de l'Escala.

El transcurso de la vida de este ilustre catalán, entre la tierra que le vio nacer y el lejano exilio mexicano, se nos presenta como un excelente ejemplo de las esperanzas y desesperanzas de quienes resultaron vencidos durante nuestra incivil Guerra del 36. Salomó Marquès combina en este libro, con sumo equilibrio, información tanto de la época anterior como posterior al exilio, lo que es indicativo de un exhaustivo trabajo de investigación no sólo en tierras